

Armida de la Vara



Sin embargo hay testimonios de que esta región fue fértil y próspera, que abundaban por dondequiera los arroyos y aguajes, que jamás escaseó el pasto ni hubo pánico al pensar en el futuro sustento. Ya Francisco Javier Alegre dice que “toda la región, por lo general, es muy fértil... de ocho almudes de siembra se han cogido quinientas fanegas de maíz. Las legumbres se cogen con abundancia”.

En la cercana Sierra Madre existen aún hoy animales de caza mayor y menor como tigres, tigrillos, osos, venados, lobos, gatos monteses, carneros cimarrones de airosa cornamenta, berrendos, ardillas y liebres. Y entre el pedregal de los cerros, cercana a la humedad de las barrancas se arrastra la tortuga, buen platillo si se guisa con maestría, con papas y abundante pimienta, mientras que el camaleón de collar, color tierra, color de hierba, resopla inflando el pescuezo, escudado en su mimetismo ancestral.

Es la hora del descanso. Toño se tiende de espaldas sobre el catre de lona, los brazos cruzados debajo de la nuca le improvisan una almohada, y con los dientes apretados silba una tonada que se repite indefinidamente. Contempla el cielo, negro de tan azul, las estrellas nítidas, tan grandes y brillantes que parece fueran a caérsele encima, contempla la luna que calladita escudriña todo el pueblo minuciosamente, como si algo se le hubiera perdido. Qué misterioso este silencio y esta noche aletargada de luz, hasta podría decirse que se oye crecer la hierba, y una crepitación anuncia el paso arrastrado de los insectos como únicos sobrevivientes en un pueblo de estatuas dormidas. Sólo a lo lejos, por el rumbo de La Cañada, el runrún de los camiones que bajan material desde la mina para embarcarlo en La Poza, se escucha de cuando en cuando.

Dicen que así como esta tierra es la Tierra Santa, el paisaje, pues, porque los pueblos y menos las ciudades creo que serán diferentes a los de aquí, pero que los cerros así son, pelones, resecos, pedregosos, casi un desierto. Se alimentan de trigo, que es lo que se da en estas tierras pobres y en estos climas extremos, y quesque andan como nosotros que se pelean por un chorrito de agua. Se puede caminar, según me han contado, horas y horas por aquella resequeidad sin encontrar un pueblito, sólo se ven las tiendas de los beduinos que andan de aquí para allá y de allá para acá con sus chivas y sus borregos. Pues quién sabe cuánta sangre de esas gentes traigamos nosotros circulando por el cuerpo. Y en una tierra así nació nuestro Señor Jesucristo, y gentes ignorantes fueron sus discípulos, y desde entonces a ahora ha movido al mundo su doctrina. Por esos pedazos de tierra ha habido guerras, millones de gentes han muerto y siguen muriendo, ¿no alcanzaremos, pues, salvación?, porque de algo nos ha de servir, creo yo, estar viviendo en una tierra tan parecida a la del Nazareno.

—¿Ves ese cerro pelón, prieto y tan sin chiste? Pues que está lleno de buen oro y plata, y quién sabe cuantos minerales. Nada más hace falta que alguno se interese en buscar una buena veta y encontrándola, la denuncie, pero eso sí, que tenga sus buenos centavos para beneficiarla, o que se junte con otro que los tenga y hagan una sociedad.

—Andele, éntrele usted, don Ramón, que al cabo no le hacen falta los redondos.

—No, hasta eso que para qué voy a decir que me hacen falta, pero como uno no sabe el teje maneje de esas cosas, cualquier vivillo se lo lleva entre las patas; no ves que tienen mucha palabrería para enredar al que se les ponga por enfrente, aunque sea el más pintado. No, no se puede tener confianza.

—Es muy cierto, pero hay que hacerle la lucha, no todos han de ser como usted dice; fíjese lo que fuera una mina explotada por gentes de aquí mismo, el pueblo se levantaría y fuera otra cosa.

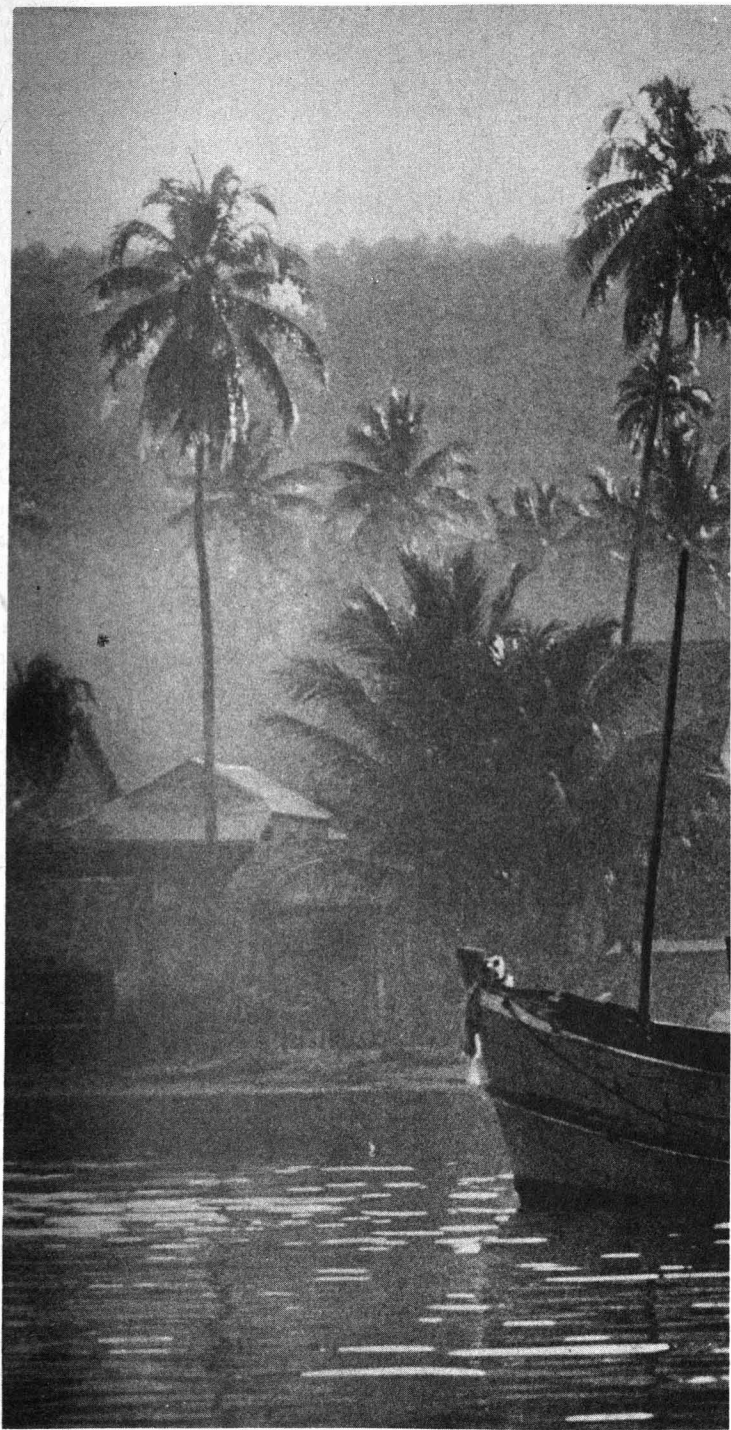
—Sí, porque los que han venido a buscar vetas, si las han hallado se quedan gambusiando nomás. Pesos, Raúl, pesos son los que hacen falta, y un hombre honrado que le entienda a la minería y que tenga ganas de tallarse el lomo. Han venido americanos y mineros “guachos” como aquel viejito Chávez con su morralito parchado lleno de piedras, que ya las había ensayado y quesque eran muy ricas... ve tú a saber, pero quién le iba a hacer caso si venía con toda la ropa hecha jiras. Ahí está Bonó remontado en El Crestón viviendo como ermitaño, ya se está quedando mudo porque allá sólo que platique con las piedras y el francés se le está olvidando; de cuando en cuando baja al pueblo para ver si Joaquín le tiene carta, y párale de contar. ¿A qué crees que le tira? Pues a hallar una mina que costee y a hacerse millonario de la noche a la mañana.

—A mí se me figura que lo que pasa es que tiene madera para la soledad, con el tantal de años que lleva allá arriba, ya habría jondiado todo al carajo si no le gustara.

—Cada cabeza es un mundo, pues. Por algo se vino a refundir aquí como para siempre.

—Si, pero lo cierto es que este pueblo sin tierras, con el ganado mermando en cada sequía, no tiene más salida que las minas. Desde que don Belarminio Ibarra se halló una y la vendió casi regalada, no he sabido de nadie a quien le haya rendido tantito una buena suerte. Yo le entraría a ojos cerrados si me hallara la mina que cegaron los padres cuando los echaron fuera, porque ésa sí está probado que ésa sí era rica, nomás que ese cerro de La Cruz no quiere enseñarla a nadie.

—Pues no dicen que un hijo de don Modesto la vio, que andaba atrás de un becerro que se le escondió entre unas matas enredaderas, y al ir a sacarlo va viendo una puerta tapada con maderas viejas, le dio miedo quitarlas y entrar, y mejor allá dejó al animalito y se vino hecho la bichi a avisarle a don Modesto.



Cuando volvieron a buscarla andavete, por más que registraron todito el cerro hasta el resbaladero de las uvalamas, ni rastro.

—Si hasta parece cosa de brujería, quién sabe si trayendo a alguno de esos padrecitos que sacaron de aquí tan a la mala, el cerro quiera enseñar la mina.

—Pero dónde podría encontrarlo, don Ramón, si por estos rumbos no hay un jesuita ni para remedio.

—No había pensado en eso, tendría entonces que ir hasta quién sabe donde para encontrarlo, y eso nomás, qué tan caro me saldría, ¿no es cierto, Raúl?

—Uuu... ya hace mucho que no bailo, comadre, hace mucho tiempo; usted se acordará bien de eso, cuando a los viejos nos dio por sentirnos jóvenes y pudientes... nos poníamos nuestros trajeitos nuevos que nos mandamos hacer en Hermosillo, y con botas bordadas dábamos el taconazo que hasta parecíamos de quince... nos dejábamos algunos pesos en las bolsas para que nomás sonaran a la hora del baile. Fue entonces cuando le hacíamos a Bátiz unos fiestones que hasta nos amanecíamos, quesque para que nos ayudara con el ganado en tiempo de la aftosa, y no nos lo sacrificara como se había venido haciendo en toda la República; le atrincamos las bolsas de pesos, le hicimos barbacoas y bailes, todo para que después nos llegara una multa de miles, no de dos ni de cinco ¡qué va! de muchos miles de pesos que porque nos habíamos opuesto abiertamente a la campaña contra la fiebre aftosa. Nada valieron vueltas a Hermosillo, a la Ganadera, ya Bátiz había dejado la orden y no hubo más remedio que pagar; entre todos pudimos juntar el dinero de la multa; yo iba tan encorajinado que si lo encuentro me lo echo al plato sin mas averiguaciones, pero este luego luegoito la ventió, paró oreja y le corrió pal sur, que si no... Pero de esto ya hace mucho tiempo, comadre, todas ustedes estaban chamaquitas, ni pensar entonces que íbamos a ser compadres; ahora estoy todo arrugado, pero a pesar de las arrugas me siento fuerte; qué le cuento que estoy en plena producción, porque gracias a Dios no se me ha acabado ni apetencia ni la potencia, gracias a Dios.

Qué cerca estoy de la muerte, y así como me ven, viejo, enfermo, sin poder moverme, no tengo ni tantitas ganas de irme. Recondenada vida esta que llevé y que me tiene todavía encadenado. Todo mi cuerpo adolorido, decadente ahora, no me fue más que pretexto de placer. Qué miradas las de mis ojos, qué no dijo mi boca, palabrotas, reniegos, maldiciones, consejos para mi conveniencia, palabritas tiernas, ¡ay! cuantas palabritas tiernas hasta lograr lo que deseaba; caminos los que anduvieron mis pies, veredas pedregosas, llanos fáciles, trepando, subiendo, bajando, resbalando todo moreteado; y mis manos... ¡qué decir lo que hicieron estas manos, lo que deshicieron estas manos! Si hiciera el



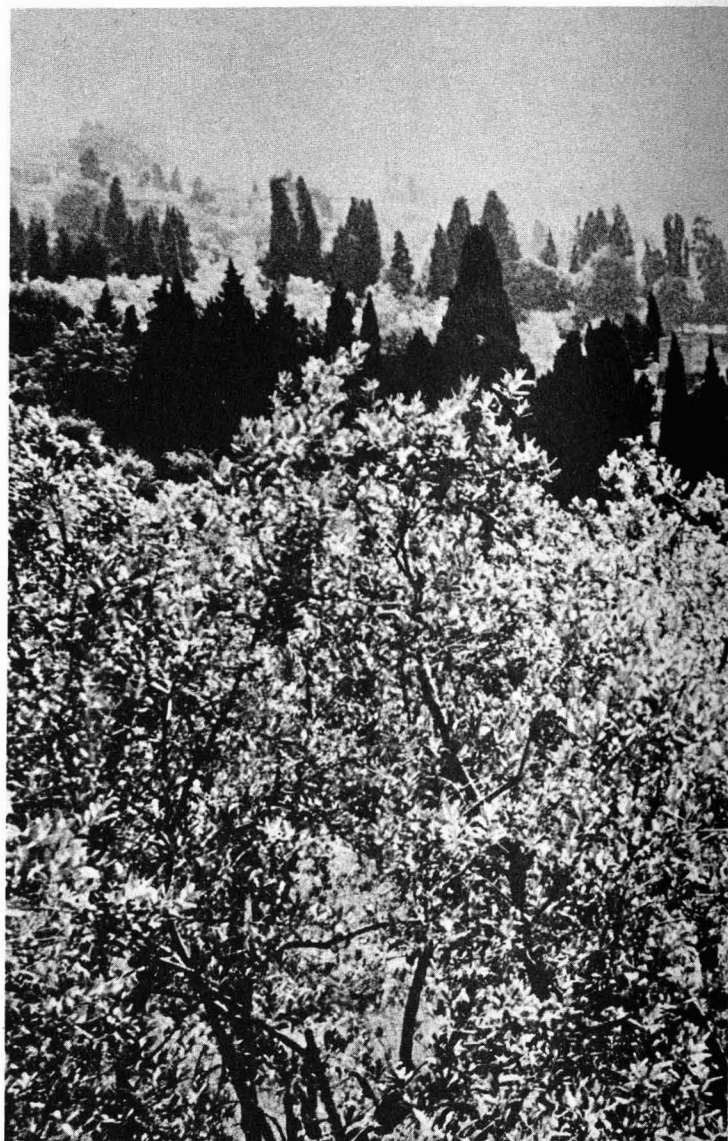
inventario de mis culpas ¡ah qué mal paradas saldrían las partes todas de mi cuerpo!, siempre mal arrendadas por el cerebro, dejándole todo el trabajo al corazón. Y tan malas jugadas que me ha hecho el corazoncito este. Ahora está cansado, cascado como máquina vieja, y así no para de caminar, despacito despacito me está llevando hasta mi término, nomás hasta donde he de llegar.

—Tendré que ponerme a escribir, a aprender carpintería, traerme pinturas y pinceles o me volveré loco. Este pueblo que me tocó francamente es una calamidad; yo ni siquiera me lo sospechaba. Pero quería ir a un lugar alejado de México, desintoxicarme de ruidos de camiones, fábricas y trenes, disponer de tiempo para otras cosas, respirar aire puro. Todo eso lo tengo ahora, y en qué forma; creo que estoy hartándome de este destierro; unos pasos para el norte, y el cauce del río; otros al sur y el cauce del río; camina uno al poniente y nos da un frentazo el cerro de La Cruz; para el oriente nos cierra el paso el montón de cerros encimados unos sobre otros, interminables. Todo el día sentado aquí en el consultorio haciéndome el tonto, y nadie llega, pero que no se me ocurra caminar un poco por la orilla del río entre el jarillal, porque ahí vienen a grito pelado que uno se está muriendo, que córrale, doctor, por vida suya, porque eso sí, aquí el doctor es el último recurso; mientras el enfermo no está para estirar la pata se la pasan con tecitos, con pildoritas que no sirven más que para hacerlos pasar tranquilos unas cuantas horas, cuando va bien. Muchachos, en Sonora hay varias plazas (¿te acuerdas?) Imuris, Sahuaripa, Benjamín Hill y Opodepe... y a mí se me quedó repiqueteando el nombrecito ese tan raro, y púmbale, vámos allá sin más averiguaciones, y aquí me tienes frito, mano; correo tres veces por semana solamente, sin un triste cine, sin una biblioteca, si no fuera por las Aguilar que tienen algunos libritos interesantes y que me invitan a comer alguna vez, peor fuera la cosa. Mira cómo estoy enflacando con esta comida infame para la que me hacen falta mandíbulas de coyote carnicero, sin fruta, sin verduras, sin nada. Aquí lo único atractivo es Eloísa, qué bárbara, con ese cuerpo, con ese porte, se la echo a la Cardinale y se la lleva facilito.

—¿Y? — Tiene novio, manito, un novio más celoso que Otelo, y ella, para qué es más que la verdad, le es fiel, pero eso no impide que cuando hay una oportunidad me da unas miraditas que francamente, francamente me dejan patitieso.

¿Y no hay alguna rendijita en su casa, una ventana con rejas o algo equivalente?

—Eso de las rendijitas no es difícil; ya te darás cuenta cuando llegues a tu destino que aquí se vive y se duerme a los cuatro vientos con puertas y ventanas abiertas, con decirte que aquí para nada se usan llaves.

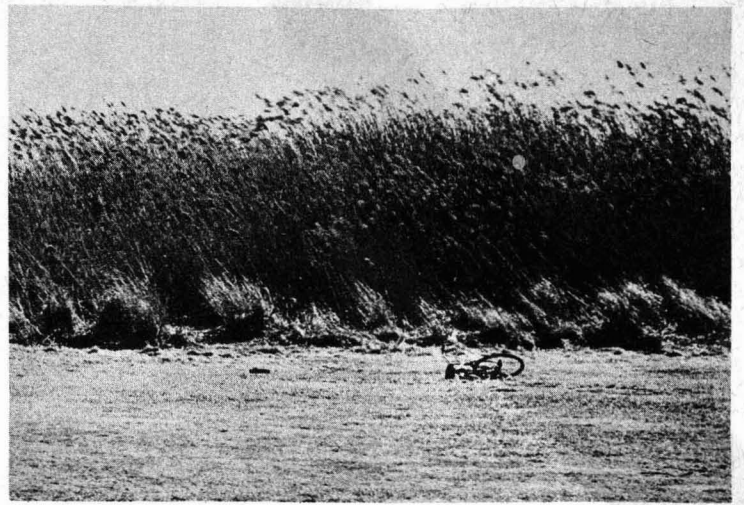


— ¡Qué interesante, mano!

—Sí, pero más interesante es que te enteres de que así tienes que vivir tu también; todo el pueblo sabe si te bañaste, qué comiste, cada cuando mudas de ropa, de quien recibes carta, qué casas visitas y por qué, de qué pláticas, si tienes novia en México, si piensas casarte, etcétera, etcétera.

—Pues eso sí va a estar pesado para mí, acuérdate que soy de Puebla.

—Aquí se te va a quitar todo lo remilgoso y apretado, ya verás.



Mira, hasta las enfermedades... no te encuentras con un enfermo que presente un cuadro que te desconcierte, que te haga pensar; todo es tuberculosis, lo más frecuente, o "latido", o que se les fue la tripa, o que al niño se le cayó la mollera, que tienen cursera, empacho, buche y "hoguío"; pero eso sí te recomiendo, no se te vaya a ocurrir decir nada en contra del pueblo porque si son buenas gentes y amigos de verdad, se te voltean completamente si se enteran de que los criticas. Te pueden salir con que "este pueblo es de hombres, amiguito, y si usted no se siente bastante, pues ahí está el camino" y te traen entre ojos y empiezan las pullas a tu hombría. Pero por otra parte, dentro de su rusticidad, son capaces de quitarse el bocado de la boca y dártelo con una ingenuidad que conmueve, y... no sé, empieza uno a quererlos y a tenerles lástima de verlos tan aguantadores, convencidos de que Sonora, con este calor insoportable y el frío de los cuarenta mil que hace en invierno, es lo más grande y lo mejor que tiene México, y no comprenden cómo alguien puede pensar de otra manera.

—Ya Contreras me había contado algo de esto, pero él es de aquí y no puede ver las cosas con otros ojos.

—Con los míos no, ni con los tuyos, estoy más que seguro, pero ya lo experimentarás en carne propia cuando pases un año entero remontado en un pueblo como éste, quizás...

En la calle desierta y oscura las conversaciones pueden oírse casi por todo el pueblo, así está de silencioso. En la esquina de don José Suárez una gran piedra indica el sitio de reunión. Por la tarde, cuando el sol deja de calcinar las calles, don José sale calmadamente de su casa, carraspeando, el cigarro apretado entre dos dedos amarillentos de nicotina; mira el cielo, se para en la esquina, una pierna doblada, y para hacer contrapeso pone la planta del pie sobre la pared. Y empiezan a llegar los contertulios uno por uno, sin prisas. Así se discuten las novedades del pueblo y se comentan las noticias internacionales captadas por el aparato de radio.

Cuando oscurece las voces se adueñan de la calle, resbalan por ella pegándose a las paredes de adobe, metiéndose a las casas abiertas de par en par, meciéndose con el airecito de la sierra y enterando a todo el pueblo de lo que hablan; únicamente las chispas de los cigarros se ven subir hasta las invisibles bocas, temblar un breve instante, cuando con el dedo se golpea suavemente para hacer caer la ceniza, y bajar por último hasta la altura de la rodilla cuando el brazo cae, descansando.

Mira las horas que son y ahí están todavía don José, don Juan de Dios y don Joaquín, habla y habla de todo lo habido y por haber.

—¿Y cómo sabes que son ellos, Antonia?

—Por las chispas de los cigarros, nomás.

—¡Ay, Eloísa, y tener que irme yo de aquí!

Alto como la torre que el rey indostano Azoka pensó destruir; misterioso y agreste como un capricho del hacedor de todas las cosas, el Murucutachi se levanta en forma de cono, perfectamente esculpida en punta su alta cima. Como del Aqueronte, la bestia legendaria, puede suponerse que esa montañita guarda en su vientre millones de réprobos devorados cuyos lamentos invaden la sierra toda, principalmente durante las noches. Su presencia nos lleva de la mano a oscuras mitologías, no en vano don Zenón Contreras aseguraba que él, como un Atlas redivivo, lo había conducido sobre sus espaldas hasta colocarlo en su lugar.

—¿Comieron ahora carne en tu casa?

—Sí, sí comimos. (Qué pensará esta señora que nunca tenemos carne a la mesa... Y ahora que me acuerdo, ¿por qué no habría hoy?)

—Válgame Dios, no pudieron guardar ni el viernes...

¡Ay, corazón que te vas
para nunca volver
no me digas adiós!
No te despidas jamás
si no quieres saber
que la ausencia es dolor.

Canción a todo pecho. Voz brusca, pero sentida, modulada y rica en timbre; canción del adiós definitivo, desesperanzado, como un machetazo demoledor que de un golpe, algo ha dejado muerto.

Malhaya los ojos negros
que me embrujaron con su mirar,
si no los hubiera visto
no fueran causa de mi penar...

—La Licha, ¿no se los dije? Se nota a leguas que trae un cuchillote metido en los entresijos...

Un poco más adelante la pequeña laguna del Represo nos hace guiños, mientras nos hurta la mirada el saúz que a la orilla del agua levanta su verde arquitectura. Un kilómetro escaso más allá, La Sauceda se acomoda entre mogotes chaparros. Luego el desierto comienza a insinuarse; remolinos de polvo que el viento levanta implacable; plantas pequeñas de raíces adventicias que arrastradas por la racha fría van envolviéndose hasta formar pelotas de ramas que pasan rodando, juguetes del viento; aislados ocotillos espinosos todavía con su manchita de flores rojas en la punta, y las cabezas de viejo, peludas y polvorientas. Después la soledad, la arena medio rojiza y suelta y un gran silencio, como en las primeras edades de la creación, el espacio infinito, y encima cubriéndolo todo, el cielo azul añil inmaculado de nubes.